

## Magnicidio

En las últimas semanas se ha hablado del magnicidio del ex Presidente Eduardo Frei Moltalva con una sutileza exasperante. Un tratamiento casi de estudio, como si lo ocurrido fuera de la prehistoria o de un pasado que debe olvidarse, o de una novela o suceso de un país distinto al nuestro. Me ha sorprendido la participación de colegas (que compartieron aula en la PUC) defendiendo posturas o elaborando argumentos que ya nadie puede creer, salvo los que están cegados y sesgados por la sangre de las víctimas que no les deja dormir. Claudio Feller hablaba en un canal de las visitas del médico condenado que realizó a las cárceles clandestinas de la CNI para verificar el estado de unos detenidos (“como se hace en todo centro de detención”) y que eso aparece en el proceso por su espontánea declaración. Su explicación me parece una exageración del deber profesional de proteger los intereses de un cliente. Todos sabemos que los que cayeron en esas casas de detención no fueron para tratarse problemas estomacales. Seamos serios por favor. ¿Acaso tomó los nombres de sus pacientes, como lo obligaría un protocolo, aunque sea por ética? ¿Dónde están esos dos pacientes? ¿Sobrevivieron?

La relativización de la muerte de Frei y las insultantes dudas de Kast sobre el asesinato hieren el “Alma del País”, ese alma al que se refiere Piñera y sobre el que parecen volar como murciélagos los que estuvieron al lado del Dictador y que hoy ocupan ministerios y sillones parlamentarios, callando y manteniendo el posicionamiento político que les da una fuerza que nace del lado oscuro y con el que se somete a toda una nación. Los de Chacarillas y sus descendencias están en la testera y hoy callan, pero chillan estridentes si se habla de Guzmán.

La izquierda recalcitrante que está pegada en la oposición que sostuvo Frei al Gobierno de Allende también calla y valida el oscurantismo que rodea este atentado.

Los que se mantienen en silencio son como Pinochet al lado del féretro del ex mandatario. Muestra la impasividad que rodea a nuestra sociedad. Unos callan mientras otros sufren, se desgastan con palabras rimbombantes y no hacen nada para sancionar a los culpables cuyas conciencias están ennegrecidas y donde la sensación de vergüenza o de remordimiento no les es familiar.

Las afrentas cometidas a la sociedad toda no las podrán borrar porque en vez de carne en sus rostros tienen piedras y eso lo han heredado por generaciones.